

AVIADORA

Por Raúl Hernández Garrido

El cielo, amplio, inmenso, tan lejano y tan peligrosamente próximo. Su vacío nos aplastaba, nos hacía sentir indefensos y perdidos mientras abajo, a ras de suelo, dábamos sobre la arena reseca vueltas sin un rumbo claramente marcado, simplemente cumpliendo órdenes sin ningún sentido.

Tras dos semanas desde nuestra llegada el destacamento marchaba sin cesar por la extensa planicie, el cansancio cargando nuestras espaldas y el sol siempre encima de nosotros, agujereando nuestras nuca con su insistencia abrasadora. De hinchados los pies no nos cabían ya en las botas. Dentro de ellas, la tierra se hacía barro. La arena subía luego por todo el cuerpo, metiéndose dentro de la piel y ahogando cada uno de sus poros. Y con el calor, con la sequedad y la arena, nuestros cuerpos se volvían de tierra, amenazando desmoronarse y perderse con un soplo de viento. Pero ese viento que nos aliviaría del excesivo calor no llegaba, a no ser como una bocanada inflamada de aire cegador.

Los ojos se perdían en la inmensidad sin llegar a alcanzar el horizonte. Frente a nosotros nada, alrededor de nosotros nada, y nada absolutamente sobre nuestras cabezas. Nada bajo lo cual poder encontrar cobijo o esperar clemencia. Mirábamos arriba, buscando alguna nube que rompiera la monotonía del azul, casi blanco, resplandeciente. En vano. Sólo la maldición de un sol incandescente, su compañía deslumbrante, tan persistente como poco deseada.

Ahí afuera, no podíamos hablar sin cuidado. En esa nada el menor suspiro se oía a kilómetros a la redonda. Recelábamos de todo y de cualquiera. Y el aire se

adelgazaba aún más hasta hacerse irrespirable.

Era el desierto. Nadie lo quería, ninguno de nosotros lo quería. El desierto, eso es seguro, tampoco nos quería a ninguno de nosotros. Simplemente, estábamos ahí, y no había manera de evitarlo.

Sobre la tierra, lisa como la palma de la mano, que reflejaba el vacío del cielo, sólo alguna vez, escasa, el dorado cegador de la arena se veía aliviado por una sombra. Apenas una mancha fugaz. Pero la ilusión de que eso fuera el indicio de una nube se desvanecía en seguida. La supuesta nube se convertía en flecha, y como una flecha, rápida, salía disparada entre las dunas, al tiempo que el aire retumbaba con el bramido de mil ángeles. Los motores a reacción de un caza. Cercano al nuestro había un campamento de aviación - niños bonitos, jugueteando con sus máquinas voladoras mientras abajo nos chupábamos la arena, el sol, el calor y el sudor, toda la mierda.- Pero qué íbamos a hacer, seguíamos adelante, y no nos quejábamos más, ya que, al fin y al cabo, aún seguíamos vivos. Todavía no era del todo el infierno.

Cuando acababa el día nos sentíamos más muertos que vivos. Ya no éramos hombres. El tufo del uniforme nos pesaba tanto o más como el cansancio. Nos impregnaba, se metía por la nariz y la boca, nos convertía en amasijos de ropa vieja. Hacíamos una pelota con el uniforme tirándolo lo más lejos posible. Como mucho nos quedábamos con la camiseta y los calzoncillos puestos. Dentro del barracón actuábamos como si no estuviéramos en el culo del mundo. Alguien sacaba una baraja y se hacía un mus o si había dinero o sobraban pitillos, se montaba una mesa de póker; otros nos dedicábamos a charlar por charlar. Pero tras dos semanas ya habíamos agotado todos los temas de conversación, y el resto de los intentos de

distraernos, de pasar el tiempo, de engañarnos, servían para poco más. Afuera la arena golpeaba contra las paredes de los barracones prefabricados, y adentro, por mucho que te rascaras, el olor a desinfectante revenido, a sudor y a barro no se iba, así que por mucho que nos desnudáramos, el tufo que nos envolvía era como otro uniforme que nos recordaba cuál era nuestra situación. La visión del compañero que uno tenía a su lado, de cualquiera de nuestros compañeros, de todos ellos, se convertía en una imagen gastada por el agotamiento y la repetición del día a día. Un soldado enseñaba la foto de su novia, una niña con poca gracia, mirada nerviosa y una falda demasiado corta. Algún otro contaba con todo detalle aventuras supuestamente vividas con chicas a las que se había tirado. Yo pensaba que sólo con la imaginación se podía llegar a tanto como se contaba. Esa verdad tan evidente para cualquiera no desanimaba a la entregada audiencia, que coreaba con entusiasmo. Aún teníamos fuerzas y ganas para cosas como ésas. Yo entonces poco tenía que decir; callaba, pero no había forma de dejar de oír, y quisiera o no me empezaba a dar vueltas a la cabeza el tema una y otra vez. A pesar de nuestros esfuerzos, los recuerdos de los demás no daban más de sí, hartos de escucharlos día tras día, y las conversaciones llegaban siempre al mismo punto. No lejos de nosotros, parecía imposible, en aquel maldito desierto donde lo único que veíamos eran sargentos y lagartos, había una mujer de carne y hueso. Servía en aviación, y como no sabíamos nada más de ella la llamábamos Aviadora.

- Yo la he visto.

- ¿Y cómo es?

- Pues es... es... una mujer, coño, una mujer.

Estaba allí, y eso era lo importante. Nadie decía más de ella. Pocos la habían

visto, y los pocos de mi reemplazo que sí lo habían conseguido eludían cualquier explicación. Al oír sobre nuestras cabezas un avión nos mirábamos sin más palabras. ¿Cómo era? Joven, guapa, quizá. Intercambiábamos fantasías. Cazadora de cuero ciñéndole la cintura, pantalones bombachos, el viento recortando su silueta contra el horizonte blanco. Sueños de soldados, nada más, y la ignorancia se convertía en ansiedad. Me cubría con la sábana hasta el cuello e intentaba dormir.

Me despertaba en mitad de la noche, las sábanas a mis pies, hechas un lío. El cansancio era tal que el cuerpo me pesaba como una piedra, y no podía seguir durmiendo. Me quedaba boca arriba, los ojos abiertos en la oscuridad y privándome de echar un cigarrillo. Tampoco quería pensar, acabaría acordándome de casa, de todo lo que quería hacer cuando volviera allí, y menuda en la que estaba metido como para darle vueltas a esas cosas. Así que me distraía imaginando cosas sobre aquella mujer, hasta que se me quedaba bien metida dentro de la cabeza, tanto que no podía pensar en otra cosa. Ella, entre tantos hombres, y como otro hombre más, sola. Menuda cara pondrán allá cuando lo cuente, si es que vivo para volver algún día. Desde algún lugar del barracón me llegaba un cuchicheo. Me esforzaba en ver quién podría estar hablando, y eso era lo necesario para que me venciera el sueño.

El ejército te hará hombre, dicen. Y te ponen un estropajo en la mano y un montón de cacharros delante hasta que logres sacarles brillos. En principio, no se ve la tarea muy mal. Refresca bastante y te libras de tanta marcha por el desierto; además, rompes la monotonía: hacer algo con las manos le aclara a uno las ideas.

Lo malo fue cuando volvieron mis compañeros y yo aún tenía para rato. Frotaba como un condenado luchando con la grasa, pero luego quedaba la espuma, y no había agua suficiente para acabar con ella, el calor la secaba antes de que diera tiempo a nada, formando una costra dura. Uno de los soldados salió del barracón. Era casi vecino mío, así que cruzaba con él más palabras que con el resto. Me saludó y le pregunté a dónde iba.

- A dar una vuelta, ¿vienes?

Le miré no muy convencido y él hizo un gesto impreciso hacia atrás.

- ¿Al desierto?

- No, por ahí.

La cacerola estaba a medio enjabonar, y él sonrió y se dio la vuelta. Me encogí de hombros y seguí, ya faltaba poco. Por fin acabé con el último cacharro y me quedé mirando el fondo recién fregado como un bobo, hasta quedarme cegado. Había dirigido toda la brutalidad del sol contra mis ojos. Por un buen rato estuve con un agujero negro impreso bien dentro de la retina, y sólo podía ver por los lados.

A ciegas me metí en el barracón y me eché en la cama, esperando que se me pasara. Se oía apenas reconocible una vieja canción a través de una radio de onda corta. La melodía se perdía en un mar de ruidos y pitidos, dejando al fin paso a un caos ensordecedor. Poco a poco volvía la voz rancia de la cantante y la tonadilla insistía con una historia exagerada de amor y celos. Un grupo de soldados echaba una partida de cartas, cantando las apuestas a voces. Inmunes a todo, al absurdo de estar aquí, al milagro de la voz lejana que volvía a sepultarse bajo las interferencias. A voz en grito, con voz de falsete, alguien soltó una grosería y todos rieron. Yo no le vi la gracia. Lentamente el agujero de mi visión se fue rellenando con las figuras de

los que me rodeaban. No salí ganando mucho con ello. Hundí la cabeza en la almohada. Aislarme, estar solo. En silencio. La mujer rompía su alma en golpes de pasión, ahora sin zumbidos ni voces de soldados que se interpusieran entre ella y yo. Desde muy arriba, empezó a sonar un ronroneo metálico. La canción acabó con una convulsión repentina y el ruido del exterior siguió creciendo hasta disparar las alarmas. Los hombres se pegaban a las ventanas, muchos habían salido a ver qué pasaba. En la puerta apareció el sargento a medio vestir. La inflada barriga emergía bajo la camiseta sucia y los pantalones desabotonados.

- Todos afuera.

Nos echamos a reír. Los pantalones se le resbalaban piernas abajo e intentando ponérselos de nuevo casi se da en el suelo de narices. Rojo como un tomate, se recompuso y nos miró con rabia. Callamos y obedecimos, temiendo lo que nos pudiera caer encima. Afuera, todos corrían de un lado para otro. Era de película. En el cielo, un avión enemigo perseguía a uno de los nuestros. Los antiaéreos comenzaron a funcionar, tímidamente, por temor a darle al nuestro en vez de al otro. Los dos aviones cruzaron sobre los barracones rompiendo cristales. No nos queríamos perder nada del espectáculo. El enemigo se había colocado justo detrás de nuestro avión, besando con su morro el culo de la nave amiga. Creíamos perdido a nuestro camarada pero bastaron los pocos segundos que separaban ese instante de la ráfaga de disparos siguiente para que, con un golpe rápido a la izquierda, la andanada mortífera se perdiera en el vacío. No por ello nuestro compañero había escapado del peligro. El otro no estaba dispuesto a dejar perder su presa y reemprendía la caza.

- No lo hace mal para ser mujer.

Di un salto. El comentario me despertó. Era ella. Me dieron ganas de salir corriendo a por un fusil y ponerme a dar tiros al aire. Ojalá pudiera estar arriba con ella, compartiendo su suerte. Su avión, con un giro inesperado, alcanzó una situación más favorable.

- Vamos, ahora, dale fuerte, dispara, derribalo.

Gritamos de júbilo anticipando el triunfo, sin pensar en el riesgo que corríamos bajo la batalla aérea. Sus ametralladoras cantaron y abrieron un reguero de fuego y humo en el fuselaje del enemigo. Debía darse por jodido. El cabrón comenzó a perder altura con un chirrido, pero nosotros no nos movimos de donde estábamos. Lanzamos las gorras en un grito de victoria cuando el avión de ella dio una vuelta a nuestro alrededor, dejando que el enemigo en su caída se alejara fuera del campamento. Luego picó sobre él, cebándose con una nueva descarga, asegurándose que ese cabrón no fuera a salir vivo de ésta. El avión derribado se estrelló más allá del horizonte, levantando una columna de llamas y humo negro. Ella se perdió en el cielo inmenso en dirección al campamento de aviación hasta no ser más que una pequeña estrella metálica en la lejanía, y luego confundirse en el resplandor del cielo. Los soldados, otra vez tranquilos, comenzaron a dispersarse. Yo aún me quedé un buen rato, mirando en la dirección por donde se había alejado su avión.

Sus manos nos habían traído la guerra y nos había llenado de ganas por entrar en combate. Nos contamos la hazaña unos a otros tantas veces que la gastamos. Y las cosas, tras ese cambio que tanto habíamos esperado, volvieron a ser como siempre. La rutina volvió, y las marchas también volvieron, y nos bajaron enseguida los humos. El sudor, el calor, el agotamiento, y otra vez, en los

barracones, los mismos chistes, las mismas bromas estúpidas. La Aviadora volvió a ocupar su lugar. Incluso, hablamos menos de ella a partir de entonces. Todos habían olvidado, como si nadie hubiera sido testigo de la batalla aérea, y no hubiera vibrado al ritmo de los reactores de su caza y sus ametralladoras. Yo no olvidaba, y bien me jodía ese silencio que sólo era pura hipocresía. Con cualquier excusa salía del barracón y buscaba con la mirada allí donde el sol se hundía en el ocaso. El lugar donde debían estar los restos del avión derribado por sus balas. Nadie parecía interesado por ir allá, a ver qué era lo que quedaba del enemigo caído. Las rutas marcadas eludían toda la zona, como si cumplieran una orden estricta para apartarnos de aquello. Seguro, los de la base aérea habrían tomado cartas en el asunto, y levantado una zona de seguridad alrededor.

- ¿Qué haces afuera, soldado?

Una garra de gorila me zarandó del brazo. La mirada del sargento era estupidez y brutalidad.

- ¿Estoy haciendo algo que no deba?

Me estaba partiendo el brazo. Traté sin ninguna suerte de liberarme, y mientras tanto, soporté en la cara toda la ira que aquella mole guardaba para mí. Cuando me soltó casi no me tenía en pie. Volví adentro. En el barracón, los otros seguían con lo de siempre. Pero ahora hablaban de ella, la mezclaban con sus fantasías más baratas.

- ¿Crees que tendrá unas buenas tetas?

- Seguro que folla como una loba.

- A mí me gustaría irme un día de paseo con una hembra así. ¿Tú que opinas?

- ¡Qué sabréis vosotros! - les grité, aunque seguro que nadie me hizo caso.
Hundiendo la cabeza en la colchoneta no quise oír nada más.

El sol abrasaba hasta abrir la piel, pero eso no nos libraba de la instrucción. Marchando sobre una pista entre la arena, rodeamos el campamento, sin alejarnos apenas de él. La voz de mando nos hizo detener en seco, en un pedregal frente al pabellón de mando. Formamos. El sargento buscó cara por cara hasta encontrar la mía, y luego se olvidó del resto de la escuadra. Frente a mí, escupía sus órdenes examinado el más pequeño de mis gestos, preparado para echárseme encima a la mínima que yo metiera la pata. Yo no se lo iba a poner fácil; escrupulosamente, no falté a ni una sola orden, hasta que con un cuerpo a tierra me pilló fuera de juego. Me eché al suelo de mala manera, y caí. Sentí en los dientes todo el peso del cuerpo. Tuve que tragar arena. El sargento me plantó sus botas, a punto de patearme, así que así me quedé, la mejilla pegada al suelo y un hilillo de sangre resbalando por mi nariz, hasta mezclarse con la tierra. Y maldecir mi suerte una y otra vez, no hay más cojones que tragar, aguantar y seguir, eso es todo. Y esperar a que pasara el tiempo, jodido bajo la bota de ese gordo hijoputa. El viento levantó una polvareda y al retirarse dejó el chirrido de un jeep, frenando ante el pabellón del comandante. Unos pasos ligeros recorrieron el camino de grava y sentí a mis camaradas agitarse por un murmullo. Hubo quien silbó, alguno incluso se levantó descaradamente pasando del ejercicio. Al sargento no parecía importarle tanto alboroto, porque entonces sus

ojos sólo estaban para cazarme. No pude comprobar por mí mismo la razón del alboroto: la bota sucia del gordo estaba justo en medio y no había forma de que se moviera. Pero bien sabía qué era lo que estaba pasando. Ella había venido a ver al mando, ahora estaría reunida con el comandante. Había pasado a mi lado y no la había podido ver. Pasó el tiempo. Aún tenía la esperanza de que antes de que ella saliera del cuartel general pudiera librarme del sargento. Pero su bota no se movió de donde estaba, a escasos milímetros de mi nariz. La puerta se abrió, y oí su voz alejándose con sus pasos, en dirección a donde debía estar el jeep. El motor se puso en marcha y su ruido se alejó hasta confundirse con ese ulular continuo que es como el aliento del desierto. Hundí la cara en la arena. Cuando la bota se retiró y pude levantarla, sólo alcancé a ver la estela de arena elevándose en mitad de la nada.

Esperé con impaciencia el final del día, y soporté las burlas de los demás sin importarme. Mi mayor sufrimiento era lo lento que avanzaban las horas, porque esa noche, en las charlas del barracón, con lo que contaran mis compañeros podría por fin recomponer la imagen de aquella mujer. Todos la habían visto, todos menos yo. Por lo menos, tendría de ellos una idea más clara de cómo era esa mujer. Estaba impaciente, pero no me atreví a empezar la conversación. No quise que supieran que yo era el único que no la había visto. Intenté encender un cigarrillo pero no había manera de sujetar el mechero. Una mano me tendió una cerilla, farfullé un gracias. Con un cigarrillo encendía otro y ya sólo quedaban dos en la cajetilla.

- No pensé que fuera tan alta.
- Sí, parece increíble que todo ese cuerpo quepa en la carlinga de un caza.

- Pero es tan delgada...

Me volví para ver a los que hablaban, pero en seguida bajé la cabeza. Todos se pusieron a hablar. Y su imagen fue surgiendo de la oscuridad. La podía ver, y mi mano casi la tocaba cuando se convirtió en humo.

- Pequeña como una muñeca. Siempre pensé que era así de pequeña.
- Y con esas curvas... No me gustan las mujeres delgadas. En cambio ella...
- Vaya culo, ¿verdad?

No hablaban de la misma mujer. Las contradicciones siguieron acumulándose hasta que fue imposible pensar en ella. La habían visto. Claro que la habían visto. Se estaban riendo de mí. Si no, ¿dónde tenían sus ojos?

Hablaban y hablaban sin oír lo que el otro decía, mi cabeza estaba a punto de estallar. Estaba cada vez más lejos y tenía que llamarla, convocarla como a un espíritu, antes de que se desvaneciera en el aire. Me faltaba su nombre, y lo necesitaba. Por eso, le pregunté al compañero que antes me había pasado la cerilla de quién coño estaban hablando, aparentando indiferencia. Me miró por un momento, con un punto de sorpresa, mezclado con sarcasmo. Luego, sonrió para responderme escuetamente.

- Fumas como un condenado. Hablamos de la Aviadora.

Aviadora. A nadie le importaba cómo se llamara en realidad.

- Es la Aviadora, está claro.
-

Ella se perdía en una nube de polvo tras de la cual no se veía nada. La perseguí. Resbalé, caí. El rugido de mil ángeles me golpeó en mitad del pecho, y me hizo caer, más abajo. Me incorporé sobresaltado. En el barracón todos dormían. Un avión se alejaba en la noche.

Comencé a desconfiar de ellos hasta dejar de hablarles. Huía de su compañía y su cháchara me resultaba insoportable. Seguían con lo mismo, hablando y hablando, pero sin ver más allá de sus narices. Cada vez más lejos de mí, cada vez más lejos de lo que para mí era la realidad. O tal vez, era yo el que más lejos estaba de todo.

Finalmente aislado de todos, eludiendo la compañía de todos, mis pasos me llevaban entre el campamento y el desierto, escudriñando en vano el firmamento. Los aviones nos habían dejado en paz, sin duda ocupados en maniobras de guerra. El cielo tan vacío me era cada vez más odioso. En pleno día un punto brillante se destacó sobre la misma línea del horizonte. No pude evitar su atracción y un día tras otro me acercaba más a él en mis expediciones particulares. El punto de luz iba aumentando de tamaño y tomando forma hasta hacerse reconocible como el avión que habíamos visto ser derribado en las primeras semanas de campamento. Los alerones eran un montón de chatarra que se replegaba sobre el fuselaje carbonizado. El avión no estaba completamente destrozado. Entre amasijos informes, irreconocibles, de metal aparecía el cuerpo de la aeronave intacto, reluciendo al sol como un espejo. Cogí un puñado de

arena y froté la superficie ennegrecida del morro hasta volverla brillante. La palma de mi mano acabó en carne viva. En la zona descubierta apareció un dos pintado en rojo y debajo el fragmento de un nombre escrito con caracteres arábigos. Di la vuelta buscando la forma de acceso a la carlinga.

Me costó identificarla en aquella masa homogénea y opaca que se pegaba al metal. Hasta tal punto la destrucción se había concentrado sobre ella. Sin embargo, seguía cerrada, y pese a estar atravesada de cientos de impactos la luz no llegaba a su interior. Fui incapaz de abrirla a brazo limpio y busqué algo con qué ayudarme. Al final utilicé como palanca una barra desprendida de la estructura del aparato. Sólo logré que resbalara con un chillido. Golpeé con todas mis fuerzas el cristal, sin resultado. Volví a intentarlo con un punto de apoyo mejor.

- ¿Qué crees que vas a encontrar ahí dentro?

Me volví de un salto. A mis espaldas se encontraba mi compañero de barracón. Estaba contra el sol, así que no podía distinguir su rostro sin que me doliera en los ojos. Dejé caer la barra avergonzada. Se rio.

- También a ti te gustan los paseos.

Me fui alejando, primero de espaldas, hasta que el avión se interpuso entre él y yo. Levantó la mano en lo que quizá era un gesto amistoso. No lo pensé así entonces, y me di a la fuga sin oír lo que me gritaba.

Luego sólo recuerdo que estaba en el centro del desierto y que debí de dar vueltas y vueltas hasta aparecer, sin saber cómo, en mi camastro. El sargento se plantó en mitad del pasillo y nos mira, lentamente — y me mira a mí en particular (aunque no podía probar nada, porque aunque yo me sintiera paralizado por la culpabilidad, realmente nada había hecho). Sin decir ni una palabra, salió fuera. El cuchicheo volvió a alzarse entre nosotros.

- ¿Qué pasa?
- ¿No lo ves?

La cama estaba vacía, la manta bien doblada sobre la colchoneta. Yo había sido el último en verle, allí, en medio del desierto, ante esa carlinga cerrada. No dije nada. Seguí callando cuando los grupos de rescate volvieron con las manos vacías.

Pero no debía detenerme. Cerré los ojos y seguí adelante, sin importar que el sol me cegara y la arena abriera surcos en mi piel. Lo que dejaba atrás no contaba ya. Era mejor no pensar en lo que nos esperaba. A veces, mis pies se hundían en un lecho seco de tierra, pero no tardaba en encontrar un terreno más firme donde avanzar con seguridad. El final de la loma no se veía, aunque sabía que debía continuar adelante, más allá. Me sequé la frente con la manga del uniforme. El sudor y la arena. La piel, barro.

Un clamor rompió la quietud.

Un caza descendía, dispuesto a aterrizar. Lo seguí con la vista hasta que la loma lo ocultó. Me apresuré y en seguida alcancé la cima. Me llevé la mano a los ojos. Brillante como cristal, el campamento de aviación apareció a mis pies. Desde arriba los aviones parecían poder cogerse con la mano. Uno de los aparatos- el que hacía un momento me había sobrevolado - maniobraba en la pista, levantando tras de sí una nube de polvo. Comencé la bajada.

Cuando llegué a la alambrada el aparato estaba completamente inmóvil. Los técnicos se apresuraban en poner la nave de nuevo a punto. Un aviador se deslizó por los últimos tramos de la escalerilla, y con un salto ganó el suelo. Al quitarse el casco, la cabellera larga y oscura cayó sobre sus hombros. Me pegué a la alambrada entornando los ojos. El alambre señaló mi cara con una marca cruzada que tardaría luego días en desaparecer. Un grupo de aviadores rodeó a la mujer. Ella señaló al poniente con un gesto obsceno que me sorprendió, y los demás rieron. Juntos entraron en el barracón. No me moví, colgado por las manos a la verja. A través de las ventanas, se veía luz dentro del barracón, a pesar de que era pleno día. Me llegaban retazos de una conversación ajena, e intenté distinguir su voz de la mujer- la voz más aguda, más cantarina- de entre la de los hombres. Había alegría en la conversación – que creció hasta convertirse en risas- pero el sentirme ajeno de todo ello no me hizo sentirme mal. Silbé una canción, y luego me di cuenta que era una vieja canción de amor y celos. Algo me hizo callar, no supe por qué. La puerta se abrió y salió ella. Protegiéndose los ojos con la mano, miró hacia donde yo estaba. Me descolgué de la alambrada, y por no saber qué hacer encendí un cigarrillo, perdiéndola de vista, pese a estar ahora casi frente a ella. Cuando volví a mirar ya había desaparecido. Un soldado

armado con un fusil se acercaba. Antes de que me alcanzara emprendí el regreso al campamento.

Para volver al campamento me dejé llevar por la necesidad de alejarme lo más posible del aeródromo, sin preocuparme en seguir la ruta más corta hasta mi destino. Apenas me interné en el desierto reconocí en la lejanía un parpadeo luminoso. Pese a que comenzaba a sentirme débil lo evité. La arena dio paso a una llanura pedregosa, a la que se asían, dispersos entre sí, arbustos raquíuticos. No muy lejos tendría que haber agua. Calculé que por ese camino me alejaba aún más del campamento, y aún así seguí andando. No quería volver atrás. El sol, cercano al declive, se agigantaba en el cielo tiñendo la tierra de rojo. El escozor de la sed había pasado a un dolor que me apretaba la garganta, y sentí que no podía seguir sin beber. Caminé unos pasos más, y me dejé caer de rodillas. Me puse a escarbar. Después de tanto esfuerzo, fui incapaz de llevarme a la boca el barro apenas húmedo, me limpié la mano en el pantalón y me quedé sentado con las piernas abiertas, hasta casi dormirme. Era de risa, morir así por ver de lejos a una desconocida. Pero ya no tenía fuerzas para tanto razonamiento, y me consolaba pensando que por lo menos ahora sabía que ella era real, que existía en un cuerpo, en carne y hueso, más allá de los comentarios calenturientos y fantasiosos de un grupo de reclutas asustados. El gorgoteo del agua me despertó. Aquello tampoco era un sueño, sonaba a agua, la podía oler, sentir su humedad refrescando el ambiente. Me incorporé y me dejé guiar por su rumor.

Sofocado por una maraña de vegetación negra, un riachuelo surgía en medio de la tierra y recorría unos metros antes de hundirse de nuevo en su interior. Sumergí la cabeza en el agua sucia sin importarme de tragar cieno, hasta sentirme otra vez entre los vivos.

¿Cómo era ella? Cerré los ojos dentro del agua. Los apreté tanto hasta que me dolió. Salí lo justo para respirar y volví a hundirme en la humedad. Mi mano rozó en el fondo del río un objeto metálico. Era una chapa con la divisa de mi destacamento, igual, a la que yo llevaba prendida en mi uniforme. La partí por la mitad, pero a la vista no había ningún cadáver que identificar.

- ¿Quién va? Santo y seña. Responda. ¿Quién va?
- Déjame pasar.
- ¿Quién eres? Dame el santo y seña.
- No lo tengo.
- ¿Cómo quieres que te deje pasar? Hay órdenes.
- Sabes quién soy.
- No puedes pasar sin el santo y seña. ¿Cómo estás afuera sin permiso?
Tendré que informar.
- No.
- ¿Qué dices?
- Voy a pasar.
- Está bien, pero déjame verte la cara.

- Es mejor que no lo hagas.
-

Nadie parecía haber advertido mi ausencia; tampoco se extrañaban de la marca de la alambrada, que aún señalaba mi cara. Lo cierto es que nadie tenía gana alguna de hablar. Una sensación descarnada y fría flotaba entre nosotros. Si alguno intentaba una broma caía como una mancha negra sobre el ánimo de todos. Muchos, ya uniformados, aprovechaban para escribir largas cartas. A media voz, un soldado no se avergonzaba de rezar.

Cabeanegra vino a arengarnos antes de la que sería nuestro bautismo de fuego. La ofensiva por tierra era inminente. Su helicóptero cubrió el cielo y descendió como un tornado sobre nuestras cabezas. Una columna de polvo se levantó de la tierra recibéndole mientras oíamos cómo las aspas se detenían. Al retirarse apareció el General, que se dirigía hacia nosotros con largos pasos. Su desmesurada corpulencia no impedía que se manejara con una insospechada y rotunda agilidad. Nos pasó revista sin detenerse y ya en la tribuna apenas le bastó una mirada para arrancarnos una aclamación unánime. Ajustó el micrófono a su altura y con los brazos en jarras comenzó a hablar-, y otra vez resurgió el entusiasmo entre la tropa. Cabeanegra sabía cómo lograrlo. Pese a su nombre, era rubio, o eso parecía, resplandeciente su cabeza al sol. Su voz se alzaba clara, retumbaba en nuestros oídos, nos golpeaba desde dentro de nuestros corazones. Eso era un líder. Eso pensábamos. Me tapé los oídos. El sonido se descompuso en un ruido ensordecedor. Cuando cesó, la voz ya no llegaba con nitidez, iba y

venía completamente desarticulada. Los técnicos corrían arriba y abajo por el campamento, buscando la solución al problema. El General no esperó más y decidió cortar por lo sano: echó a un lado el micrófono y se llevó las manos a la boca a modo de bocina.

- Muchachos, cuando llegue la hora que se vea que tenéis cojones.

Un aullido fue la respuesta de los soldados. Cabezanegra se mezcló entre nosotros y le estrechamos la mano. Me hice paso a codazos pero cuando llegué ante él me quedé quieto. El sudor resbalaba por una cara perfectamente afeitada, sin una mácula, absolutamente limpia. El General era un niño gordo, gigantesco. Su mano apretó la mía. Era de mantequilla. Ya se había ido en su maldito helicóptero flotando por los aires y yo todavía mantenía mi mano debajo del grifo asqueado por tanta blandura.

El resto de los días la intensidad de la preparación nos mantuvo lo bastante ocupados y eso me ayudó en no pensar en nada. Las órdenes (y cuanto más duras fueran mejor) caían sobre mí y sobre todos. Un alivio. Me convertí en un soldado ejemplar y mis compañeros me miraban de otra forma. No sabían que era mi forma de huir. Hasta tenía engañado al sargento, que acabó teniendo predilección por mí. Un día me llevó aparte.

- Tengo una botella por ahí guardada. Te invito a un trago.

No me gusta beber, aunque acepté el vaso de latón. Lo llenó con un líquido oscuro y maloliente, y luego se sirvió. Se llevó el vaso a los labios pero fui incapaz

de beber un solo trago. El vació el suyo una y otra vez, y al final acabó bebiendo de la botella. Comenzó a contarme cosas de su vida, y yo asentía. Lo mismo hubiera dado que le hablara a una pared. Su cuerpo se aflojó.

- La guerra es una mierda. Nos toca preparar a gente tan joven para que luego caiga a la primera escaramuza - se acercó hasta ahogarme con su aliento-. Yo puedo librarte de eso-. Se incorporó y se echó hacia atrás-. Vales demasiado. Podría hacer que te quedaras de instructor hasta que pase todo. Aquí estarás seguro.

Me reí. El sonrió y se rió a carcajadas, neciamente. Me levanté y tiré el contenido del vaso en el suelo. Salí dejándole con la palabra en la boca. Afuera una tormenta levantaba nubes de arena en el desierto. El sol las atravesaba convirtiéndolas en montañas de fuego. No se oía otra cosa que el viento.

Todo estaba preparado para el combate.

Faltaban dos días para abandonar el campamento y me tocó imaginaria. No protesté, no sólo estaba dispuesto a cumplir hasta el final, sino que incluso me sentía cómodo con el castigo. Hacía más frío que nunca. No había luna, así que el desierto se encerraba en la mayor oscuridad. Me cubrí con el capote hasta el cuello y oí cómo la arena crepitaba a mi alrededor. Podía ser el único hombre que quedara sobre la tierra, y eso me tranquilizó aún más. No era mal momento para hacer balance. No tenía otra cosa que hacer. Lo que había sido mi vida hasta que entré en el ejército, lo que había pasado hasta entonces. Muchas cosas para

poder contarlas, las suficientes como para comenzar a olvidar. Sólo conseguí dejarme llevar por la somnolencia.

En sueños oí unos pasos removiendo la arena. Me puse en guardia. Aferré el fusil y di el alto. Los pasos se detuvieron. Hubo un momento de silencio. Sentí aspereza en mi garganta, que dejó escapar un balbuceo. En la noche, a unos pasos frente a mí, unos ojos resplandecieron. Acaricié el gatillo,

Una voz de mujer me preguntó:

- Soldado, ¿tienes un cigarrillo?

Podría haber disparado y dejado que la ráfaga iluminara el desierto, y que su fuerza me impulsara hacia atrás. Bajé el arma. La mujer se acercó.

- Soldado, ¿no me has oído?

Revolví en mi chaqueta y saqué un pitillo. Una mano fría me rozó. Le di fuego. La llama del mechero temblaba, pero a su luz pude ver su rostro. El cigarrillo pendía de unos labios casi inexistentes. Sus ojos eran claros y fríos. Una cicatriz blanca le cruzaba la mejilla derecha. Clavó sus ojos en los míos. Dejé caer el mechero y sus pasos se alejaron en la noche.

Al día siguiente partimos al frente.